



Guerras de Papel

A quienes ya está algo cansado del tema de los derechos humanos, el cual no cesa ni un momento de ser en cuando se les ofrecen como única y alternativa de sana diversión ciertas ruidosas batallas sin derramamiento de sangre en las que no se ventilan asuntos importantes o incluso, en ocasiones, hasta ofrecen una breve lección del poder que tiene la más vulgar vanidad y la peor mala voluntad aun en gente culta e inteligente. Me refiero a las guerras y guerrillas de papel de la clase literaria. La última la ha protagonizado Enrique Lafourcade, eterno contrincante de esta variedad de Gigantes del Ring. Su contendiente, una señora que fue esposa del poeta cubano Heberto Padilla, le dijo de toda. Es claro que le gustaría verlo sucumbir. Si oía, así, el rechinar de sus dientes. Verdad que Lafourcade previamente había desactivado al voto con la efectividad y perversa ingenuidad de su estilo epistolarmente corrosivo. Don Enrique no concibe la vida sin amargarse a alguien: como Lecler, es un hombre necesitado de masticar carne humana de tanto en vez.

Pero el más carnívoro de todos es, sí, al menos, el amor Roberto Bolaño. Ha mostrado más perseverante hambre que ninguno. Sembró por medio, aprovechando la ocasión que le brindan los encuentros literarios, dispara una nueva andanada contra sus colegas de Chile o quisiéramos se lo pareciera ese día a su memoria como antiguo enemigo, se le sugiera a su ego como posible competidor o se le ocurra a su fantasía que pueda amenazarlo mañana. Llegado a eso los deslegitima en su calidad de personas, pero sobre todo las veja como escritores y hasta en algún caso los ha zaherido por sus condiciones culinarias. Su furor es inextinguible. Se pregunta uno qué lo nutre, no habiendo, a primera vista, sino razones para que chapalee contento y feliz en la fama de que goza. Una presunción que la persona corriente que ha triunfado olvida o acortigua sus remordos y hasta se permite el perdón, pero ciertamente Bolaño no es una persona corriente.

Iras Virilidas

Lo que pasa es que Bolaño es escritor. Eso parece ser de por sí fuente de fecundas iras y odios mutuos, en especial cuando hay una abultada cartera de dólares por cobrar. Vaya a saberse cuándo las contratas, aunque es imaginable que siempre provienen del mismo urógeno: desdones previos de otros colegas. Como sea, hacen honor a la cualidad específica de los recursos alimentados por los profesionales de la pluma, los cuales siempre son terribles en su intensidad y ridículos en su nitidez, pero dándonos de por vida. No hay cura conocida para ellos. Ni siquiera los aminora el *delirio*, ya lo vemos; al contrario, parecen que este último alienta a una beneficiada con la convicción que disponen, de ahí en adelante, de favores ilimitados para el triunfo y el menoscabo. Siguen el título del mismo modo como los niños sienten el saque en sus juegos, como un reconocimiento universal de superioridad y un cheque en blanco para la arrogancia. Ya nada puede decirseles o criticárseles, han ganado tal o cual certamen y eso los pone en esa refrija intocable -así lo creen- desde la cual toda palabra que no sea de alabanza es una menquina interpretada motivada por los celos.



Por Fernando Villegas



Los indicadores de este género olvidan fácilmente lo que seguramente entienden mejor que nadie, a saber, que el destino de los candidatos a la gloria en las letras depende sólo parcialmente de la habilidad del que las practica. Consideraciones relativas a la moda y los tiempos, el apoyo o no de un editor, la política comercial de estos, el gusto y la actitud a favor o en contra de un jurado tal vez dispuesta positiva o negativamente por las más banales circunstancias, la eficacia o fracaso del lobby de amigos y con amigos, todo eso y más son los ocultos resortes que determinan la suerte mundana de un escritor, aparte de su mérito intrínseco. De una insignificancia sólo depender el ser conocido a los 15 años o a los 50, que se sea alabado casi al borde de la muerte o luego de esta, o, al contrario, se zaherido el triunfo en la primera juventud o no se le dé gusto nunca. En breve, median tantos elementos y es tan delirante el equilibrio entre ellos que la más imperceptible inclinación puede desencadenar uno u otro efecto; esto es una verdad que cual-

quiera debiera ser capaz de entender y hacerlo a sospechar a no abusar de sus laureles.

Idiotas-Savants

Lamentablemente, en este campo una cierta adecuación entre memoria, buen juicio y talento no es menos cosa segura. El escritor promedio, especialmente los de hoy en día, suele ser lo que los franceses llaman un *idiot-savant*, esto es, un individuo que desmella en su habilidad a cambio de ser completamente obtuso e ignorante en todas las otras. Hay excepciones, pero por el momento no está claro cuáles sean. Cada ninguno, apenas los toca la varita del éxito -a veces bastante mágica-, deja de revelar un descriterio y proscripción comunes en el uso que dan a su momento de gloria. Tienen a Némesis a cada paso. Hasta en la vanidad del triunfo debiera esperarse cierta astucia previniendo los malos tiempos; después de todo no se sabe cuándo la obra aplastada actualmente en los veladores de todas las señoras silabatas va a ir a parar a la canasta de ofertas con un cartel proclamando "¡saque a mí!". Llegado ese infante día será el agasajo de hoy quien deberá pagar mañana, con suma, cada uno de sus respaldos. Entonces, en el día del juicio, no se perdonarán las debilidades y mucho menos los puntos fuertes. La justicia, en estos casos de revancha, toma la forma de injusticia, atropello y entierro prematuro. Sería una lástima que le ocurriera a Bolaño porque escribe muy bien.

Escribir bien, sin embargo, es una virtud sólo cuando se sabe lo limitada y poco importante que es. A la vista de cosas futuras esperpáticas uno echa de menos a tipos como Mark Twain. Twain solía tener cierto monogamia por su oficio y se referraba por dedicarse a otro. Pasaba, pero así mantenía su ego bajo control. Es una lástima que ya no quedara escritores de esa noble especie. ■

Semana por medio, aprovechando la ocasión que le brindan los encuentros literarios, Roberto Bolaño dispara una nueva andanada contra sus colegas de Chile o quisiéramos se le presente ese día a su memoria como antiguo enemigo, se le sugiera a su ego como posible competidor o se le ocurra a su fantasía que pueda amenazarlo mañana. Llegado a eso los deslegitima en su calidad de personas, pero sobre todo los veja como escritores y hasta en algún caso los ha zaherido por sus condiciones culinarias.

Guerras de papel [artículo] F. V. F.

Libros y documentos

AUTORÍA

F. V. F.

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guerras de papel [artículo] F. V. F. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile